

grafo o correo. El Presidente tenía que contar con su cooperación, sin pérdida de tiempo, ¿que hacer?

Alguien dijo al Presidente «Hay un hombre llamado Rowan que puede encontrar a García, si es que se le puede encontrar».

Se trajo a Rowan y se le entregó una carta para que a su vez la entregara a García. De como fué que este hombre, Rowan, tomó la carta, la selló en una cartera de hule, se la amarró al pecho, hizo un viaje de cuatro días y desembarcó de noche en las costas de Cuba en un bote sin cubierta; de como fué que se internó en las montañas, y en tres semanas salió al otro lado de la Isla, habiendo atravesado a pie un país hostil, y entregado la carta a García, son cosas que no tengo deseo especial de narrar en detalle, pero si quiero que conste que Mac-Kinley, Presidente de los Estados Unidos, puso una carta en manos de Rowan para que este la entregara a García. Rowan tomó la carta y no preguntó: ¿Donde está García?

¡Loado sea Dios! He aquí un hombre cuya figura debe ser vaciada en imperecedero bronce y puesta su estatua en todos los colegios del país. No es la enseñanza de libros lo que los jóvenes necesitan, ni la instrucción de esto o aquello, sinó el endurecimiento de las vértebras para que sean fieles a sus cargos, para que actúen con diligencia para que hagan la cosa. — «llevar el mensaje a García».

El General García ya no existe, pero hay otros Garcías.

No hay hombre que haya tratado de administrar una empresa que requiera mucho personal, que, a veces, no se haya quedado atónito al notar la imbecilidad del promedio de los hombres, la inhabilidad o la falta de voluntad de concentrar sus inteligencias en una cosa dada y hacerla.

La asistencia irregular, la desatención ridícula, la indiferencia vulgar y el trabajo mal hecho, parece ser la regla general. No hay hombre alguno que salga airoso de la empresa a menos que, quieras o no, o por la fuerza, obligue o soborne a otros para que le ayuden, o a menos que, tal vez, Dios Todopoderoso, en su bondad, haga un milagro y le envíe al Ángel de la Luz para que le sirva de auxiliar.

Tú, lector, puedes hacer esta prueba. Te encuentras en estos momentos sentado en tu oficina. A tu alrededor tienes seis empleados. Llama a uno de ellos y pídele lo siguiente: «Tenga la bondad de buscar la Enciclopedia y hágame un memorando corto de la vida de Correggio».

¿Crees tú que el empleado contesta: «Sí, señor», y se marcha a hacer lo que tu le dijiste?

Nada de eso. Te mirará de soslayo y te hará una o más de las siguientes preguntas:

¿Quién era Correggio?

¿En cual Enciclopedia?

¿Acaso fui yo empleado para hacer eso?

¿No querrá Vd decir Bismarck?

¿Porqué no la hace Carlos?

¿Murió?

¿Hay prisa para eso?

¿No sería mejor que le trajeran el libro y Vd. mismo lo buscara?

¿Para que quiere saberlo?

Y me atrevería a apostar diez contra uno, que después que hayas contestado al interrogatorio y explicado la manera de buscar la información que necesitas, tu empleado se retira y obliga a otro compañero a que le ayude a encontrar a García; regresando poco después diciéndote que no existe tal hombre. Desde luego puede darse el caso en que yo pierda la apuesta, pero según la ley de promedios no debo perder.

Ahora bien; si tu sabes lo que tienes entre manos, no debes molestarte en explicar a tu auxiliar que «Correggio» está indicado con C y no con K, sinó que sonriente y de buen humor le dirás: «Está bien, déjelo» y dicho esto te levantarás y lo buscarás tu mismo.

Y esa incapacidad para obrar independientemente esa estupidez moral, esa deformidad de la voluntad, esa falta de disposición para hacerte cargo de una cosa y realizarla, esas son las cosas que han pospuesto para lejos en lo futuro al socialismo puro. Si los hombres no actúan por sus propias iniciativas para si mismos, ¿que harán cuando el producto de sus esfuerzos sea para todos?. La fuerza bruta parece necesaria y el temor a ser «rebajado» el sábado a la hora del cobro, hace que muchos trabajadores o empleados conserven el trabajo o colocación.

Anuncia buscando un taquígrafo, y de diez solicitantes, nueve son individuos que no tienen ortografía y lo que es más, de individuos que no creen necesario tenerla. ¿Podrían esas personas escribir una carta a García?

— Mire Vd. — me decía el Gerente de una gran fábrica — mire Vd. aquel tenedor de libros

— Bien, ¿que le pasa?

— Es un magnífico contable, más si se le manda hacer una diligencia, tal vez la haga, pero puede darse el caso de que entre en cuatro salones de bebidas antes de llegar y cuando llegue a la calle principal ya no se acuerde de lo que le dijo.

¿Puede confiarse a este hombre que lleve un mensaje a García?

Recientemente hemos estado oyendo conversaciones y expresiones de muchas simpatías hacia «los extranjeros naturalizados que son objeto de explotación en los talleres», así como hacia «el hombre sin hogar que anda errante en busca del trabajo honrado» y junto a esas expresiones con frecuencia empléanse palabras duras hacia los hombres que están en el poder.